

PASO DE ELVIO ROMERO

por JORGE TEILLIER

Elvio Romero, que recién ha pasado la invisible barrera de los cuarenta años que separa al poeta joven del maduro, es el más conocido de los poetas paraguayos de este siglo y sin duda, junto a Herib Campos, figura señera de la poesía de su país. Desde 1947 cuando publica *Resoles áridos* una decena de libros van jalando su tránsito poético y lo sitúan también en la primera línea de la actual poesía latinoamericana.

La voz de Elvio Romero es una voz errante, como la de casi todos los paraguayos. El poeta, lo vemos, siempre refleja el destino de su pueblo. En nuestra América como en el Viejo Mundo también tenemos tiempo de destierro y el Paraguay, señalado en la frente con la marca del martirio desde los tiempos del genocidio que significó la Guerra de la Triple Alianza, ve cómo sus mejores hijos deben abandonarlo, para librarse de la opresión de oscuros dictadores.

Pero la errancia no significa desarraigo. La poesía de Elvio Romero es toda un clamor por el retorno, una búsqueda y afirmación de las raíces, la vuelta por medio del verso a su dura patria de madera. Su poesía es la construcción de la casa cuyas puertas, como a un Hijo Pródigo de nuestro siglo, le están injustamente cerradas. El pueblo paraguayo, como el antiguo pueblo hebreo, es un pueblo de pastores, y su poeta como los profetas bíblicos canta el cautiverio y errancia de su pueblo desde su propia errancia.

"Tierra Natal", "Madera", "Destierro", "Esperanza", "Amanecer", "Surco", "Guitarra", lo dice el propio Elvio Romero, son sus términos blasónicos. Y agreguemos oscuras lluvias sobre oscuros obrajes, hogueras, fogones perecientes, remotas presencias de antepasados cazadores con su arco y flecha, caballos y rifles de guerrilleros. Presencias siempre físicas, casi táctiles pueblan su poesía hecha de sangre y de tierra, surgida no de paisajes mentales, sino naturales ("Pocas veces —dijo Gabriela Mistral— he sentido la tierra como acostada sobre un libro", al comentar la obra de Romero).

Por su fuerza aluviónica, y el poder discursivo, su poesía está situada en un ámbito neorromántico que tal vez sea el más característico de la poesía latinoamericana. Como también por su amor por los desposeídos, su signar, sus cantos con una definida protesta social, pues aun cuando su voz sepa quizás más de muerte que de vida, como se lo dijera Alberti, no se deja llevar por la desesperanza, sino por la clara certidumbre de un mañana mejor para nuestros pueblos. En ese sentido, lo emparentamos con el Neruda de *Canto General* y asimismo con su casi

coetáneo Efraín Barquero, de los tiempos de *La Piedra del Pueblo* (léase, por ejemplo, "Con las mismas manos" de Elvio Romero tan próxima en énfasis verbal y contenido a los poemas del primer Barquero). Sin embargo, el conocimiento de los clásicos de la lengua, su preocupación por usar al máximo los recursos del verso y del lenguaje castellano, le dan al poeta una contención y un necesario formalismo que lima cualquier posible exceso retórico. Su poesía se lee siempre como de primera agua y no como poesía malamente traducida, como suele sonar mucha de la actual poesía hispanoamericana.

De nuevo sus romerías por el mundo han traído por Chile a Elvio Romero. Nos complace que en nuestra revista quede encendida la señal de su paso, y le dejamos la palabra a su poesía.

ELVIO ROMERO
POETA PARAGUAYO

*LAS ALAS, sí, las alas,
contra la vida quieta.
Cante, llore el poeta
volando entre las balas.*

*Por los signos del Día,
también tú señalado:
clavel arrebatado
y espada de agonía.*

*¡Oh adolescencia, aurora
apenas reluciente
y abierta ya en la frente
la estrella anunciadora!*

*Cándida luz en vuelo
veloz hacia la tierra
sabes más de la guerra
que del tranquilo cielo.*

*Casi recién nacida,
lumbre madura y fuerte,
sabes más de la muerte
quizás que de la vida.*

*Y tu nombre aromado
huele más que a romero,
a pólvora, a reguero
de cuerpo ensangrentado.*

*Las auras populares
te ciñen de grandeza
y una dulce tristeza
de niños sin hogares.*

*La patria encadenada
y herida se sostiene
sin sueño y te mantiene
el alma desterrada.*

*Que nada la domina,
por mucho que le duela.
Su corazón en vela
de lejos te ilumina.*

*Y mientras que penando
sin luz va el enemigo,
la Libertad contigo
regresará cantando.*

RAFAEL ALBERTI.

(Buenos Aires, 1948).

ALBERGUE

*SE FUNDARA la casa
con trazos de esta sangre, con la viga maltrecha
que nos fue destinada, con la vara que fuera
[bastón
despavorido
demarcando sus límites, sus hitos,
abriendo con las uñas sus cimientos de dura
morada donde arrojar el cuerpo,
donde secar las lágrimas.*

Con huellas del caminante
se fundará la casa,
con recuerdos como madrigueras
de los tiempos de su tardanza,
con arcones que se levanten
de sus manos desamparadas.

Y de alguna manera
el trago del intruso salpicará otros labios,
la sombra, el titubeo, la llaga del errante que
y el albergue ha de herirse de fiebre y de indi-
—zozobran- te morada—
acogiendo el estigma de muerte de sus ojos,
cuanto escupa de polvo salobre y ultrajado...

(De *Destierro y atardecer*, 1962).

HUESPED

HABIA *entrado*.

La que más sabe, la que puso el oído
y escuchó atentamente la negación, el pacto,
lo dicho y desdicho; la que vio el cambio
de color de tus labios, precipitarse
lo inesperado, la puesta en pie, la aventura
y el alba, el beso,
la alegría.

La noche había *entrado*.

La que más sabe.

(De *Un relámpago herido*, 1963).

HOMBRE DEL SUR*

(Casi quiromancia)

El cuenco de la mano; está la suerte
echada allí, como al azar, y augura
en sus líneas ventura o desventura
como en un pergamino antiguo, inerte,
en cuya misteriosa nervadura

está la noche que preserva, oscura,
las claves de la vida y de la muerte.

Las claves! son las mias
las que leo en la mano, en estas claves
de hombre del Sur, porque lo mío
es leer en el Sur, en la primera
ráfaga de la luz que hirió mi mano.
Lo primero? Que yo he nacido al Sur
del color vegetal, donde se pule
el pico de la luz, por allí leo
que el Sur selló mis claves, que soy hom-
del Sur donde la luz picó mi mano.

Soy un hombre del Sur; abrevadero
es el Sur de esa música venida
de una mitad sangrante y descarnada
de oculta fruta herida.

Soy un hombre del Sur; Yegros, mi pueblo,
ocupa un corazón central y verde,
deshace el sol, lo suelta en la comarca
donde baja y se pierde.

Soy un hombre del Sur; el Sur ha puesto
sobre mi rostro su melancolía,
la cicatriz cortante de un verano
que su arena ceñía.

Soy un hombre del Sur; las líneas cuentan
el tiempo justo que en el Sur ardía,
y el vano tiempo en que, perdido el rumbo,
seguí a un perdido día.

Del Sur mi corazón, del Sur
que sus latidos ahondara,
que tramó su trama de aromos
por amargas encrucijadas,
sin cejar en seguir quemando
como en las manos se señala.

La línea de la vida? Fuego nocturno
por mil caminos en su hondura se marca,
en esa línea que prende un reverbero
y tuesta su parpadeo en llamaradas.

Larga o breve, no lo sé; pasa doblada
por otras líneas de surco indescifrable,
aunque imagino que en las mismas tierras
que me sintieron nacer caerá una tarde.

Y entonces, hombre del Sur, descifro en líneas
visibles cuanto en mi ser estalla y arde,
líneas que dictan su razón y certeza
de ser del Sur, y de no ser de otra parte!

NATIVO*

A mí sólo escupieron.

*A mí,
a quién nació a la sombra de la selva,
mejor,
quien padeció a la sombra de la selva
escupieron.*

*A mí,
extendido al calor del mediodía,
mejor,
encallecido al pie del mediodía
escupieron.*

A mí sólo escupieron.

*Digo entonces:
no es ésta la heredad
común legada por los antepasados,
por el prestigio del trueno,
por lluvias de luceros extraviados,
el ritual, el vértigo,
por el tam tam del cielo golpeado,
por las generaciones
que se alzaron al sol, a la intemperie, al canto?*

A mí sólo escupieron.

*No es ésta la heredad
común de quien llegó con las ballestas,
los esquifes, las naves,
de quien cortó la luz con bergantines,
escudos, vituallas,
echando el anhelar al Mar del Sur,
las islas, los prodigios,
al sortilegio de las nuevas tierras?*

*A mí,
al que nació a la orilla de los ríos,
mejor,
quien padeció a la orilla de los ríos
escupieron.*

*Digo entonces, posible
es ya escupir a quien aró en agobios,
a mí sólo, al callado,
limador del oprobio y las cadenas,
al indigente, al triste,
descifrador del fuego y de los astros,
al sudoroso, al ronco,
afilador del hacha y del machete,
al asediado, al áspero,
guerrero de las lunas comuneras,
a mí sólo, al intrépido,
arrimador del leño a las hogueras,
al sufridor, al músico,
semilla del relato terrible y de la guerra?*

A mí sólo escupieron.

*Grito entonces: posible
es ya escupir a quien nació a la orilla de los
[ríos,
al silencioso, al pobre,
desgarrado a la sombra de la selva,
al recto, incorruptible,
a su clamor de rebelión que ahora empieza?*

BIBLIOGRAFIA

Elvio Romero nació en Yegros, al sur del Paraguay, en 1926. Ha recorrido distintos países de Europa, América, Asia. Ha ofrecido recitales de sus poemas y conferencias en La Sorbonne y en el Ateneo de Madrid, en centros de cultura de Buenos Aires, México, Bogotá, Moscú, La Habana, Santiago de Chile y otras capitales. Su poesía ha sido traducida a numerosas lenguas. Es autor de una biografía: *Miguel Hernández, destino y poesía* aparecida en la Editorial Losada, Colección Contemporánea.

Su obra poética registra hasta ahora los siguientes títulos: *Días roturados* (1947), *Resoles áridos* (1949), *Despiertan las fogatas* (1952), *El sol bajo las raíces* (1955), *De cara al corazón* (1955), *Esta guitarra dura*, *Destierro y atardecer* (1962), *Un relámpago herido* (1963), *Los innombrables* (1964), *Libro de la Migración* (Yby-Ñomimbyré, 1964), *Antología poética* (Ed. Losada, 1965).

*Nota de la R.: Los poemas *Hombre del Sur* y *Nativo*, son inéditos.